



EL CACHULERO DE FELIPE

Martín Torregrosa López

TRATOS, AVENTURAS Y JUEGOS DE APOLINAR, JONATHAN Y PABLO

Los recuerdos de mi infancia son de una pequeña aldea con vetustos cortijos situada en las estribaciones de una serranía que emerge salpicada de pinos y quejigos, con mucho monte bajo por donde crecen prímulas y abundantes esparteras. Cuentan los viejos del lugar, que allí crecen los mejores espartos para la artesanía y que por eso, y solo por eso, son tan elegantes y suaves los cachuleros en forma de cuerno que realiza Felipe, El artesano. A penas siete cortijos de humildes labradores forman la barriada que se cifie como bufanda al cuello de un puntal prominente de tierras blanquecinas y gredosas. Felipe vive con su familia en el cortijo que mira más al norte, junto al camino de los cantareros. Es el que tiene un olivo gigante en la puerta y crecidas chumberas que bordean el camino. Como la agricultura a malas penas le daba a Felipe para sacar a su familia adelante, se dedicaba también a la artesanía del esparto. En este oficio había sido reconocido por su habilidad y técnica, aunque se vivían tiempos difíciles, Felipe recibía encargos de todos los puntos de España.

Un poco más al este está el cortijo del tío Diego donde vive Pablo junto a su abuelo, un vendedor de piensos que cultivaba sueños los martes de mercado y criaba palomas junto a gallinas y conejos de raza. Mirando más al sur está el del tío Paco. Allí pasa las tardes y los días de fiesta su nieto Jonathan, que le encanta quedarse en casa de sus abuelos cuando sale de clase para jugar con sus amigos y por los bocadillos de morcón y jícaras de chocolate que le guardaba su abuela Jerónima en la segunda repisa de la alacena.

Al frente, después de atravesar un pequeño barranco que cruza los páramos por donde crece el trigo, se encuentra el cortijo rojo. Baluarte de pequeños espacios que corona la cumbre de un otero dormido. Es el único cortijo que tiene una palmera con dátiles en la puerta. Hay quien dice que la semilla de esa palmera la trajeron de Egipto unos vendedores de alfombras. También tiene un pequeño jardín con enredaderas y mandrágoras al pie de la palmera. Allí vive Apolinar, es el menor de cinco hermanos y sólo piensa en jugar a las canicas y bailar la peonza con sus colegas Pablo y Jonathan, aunque últimamente no para de darle vueltas a lo que días atrás había estado hablando con sus compañeros.

Quieren pedir a Felipe el cachulero color miel con forma de cuerno que tiene colgado en el salón junto a la chimenea de leña. Los tres chicos están de acuerdo en que tiene que haber algún modo de obtener el cachulero sin tener que pagarlo, pero no saben la forma ni el modo que les permita tener un sí por respuesta. Como todas las tardes, después de haber hecho los deberes Apolinar se dirige a la cortijada donde viven sus amigos Pablo y Jonathan. Va pensativo, cabizbajo, con las manos en los bolsillos empuñando bien fuerte las canicas, y pegando patadas en las bojas secas que el viento de la noche había depositado en el camino. De esta tarde no pasa, se venía diciendo Apolinar. Dejaremos las canicas para otro día. Hoy vamos a hacer un debate de ideas y si fuera necesario, las votaremos. Así que esta misma tarde iremos a casa de Felipe con la mejor de las ideas y le propondremos un trato para conseguir el cachulero con forma de cuerno.

De este modo, los tres amigos a petición de Apolinar, pasaron la tarde aportando ideas y debatiéndolas con tal pasión que no habían caído en el paso del tiempo. Cuando se quisieron dar cuenta ya había caído la noche sobre sus cabezas y con el día agotado decidieron ir casa de Felipe y proponerle un campeonato de brisca.

En dos zancadas se adelantó Jonathan y llamó al picaporte. Para cuando llegaron Pablo y Apolinar, ya había abierto Ana María la puerta:

- Pasad, no os quedéis ahí que entra viento y hace humo la chimenea.

- Buenas noches. Dijeron los chicos.

- Buenas noches, ¿ya habéis cenado? Preguntó Felipe.

- No, que va. Contestaron al unísono los chicos. Nosotros venimos a proponerle un trato: un campeonato de brisca, nosotros tres contra ustedes los mayores.

-¿Y qué nos jugamos? Comentó Felipe

-Bueno... -dijo Jonathan- Si ganamos nosotros nos regala el cachulero color miel en forma de cuerno que tiene ahí junto a la chimenea de leña. Si por el contrario perdemos, os damos una docena de mazorcas rosconeras para que hagan palomitas, ¿qué nos dice señor Felipe? ¿acepta el trato?

- No está mal chicos, de verdad que no está mal; pero os voy a proponer otro tipo de trato. Para vosotros que sois jóvenes y veloces como un gamo os será fácil de conseguir. — Felipe era un amante de las fritadas de caracoles, las salsas y los gurullos que preparaba su mujer. Esta ocasión le venía que ni pintada para darse unos cuantos festines a cambio de un cachulero—. El próximo día que llueva y una vez que haya escampado, tendréis tres horas para traerme dos docenas de caracoles serranos, tres manojos de esparto del más largo que encontréis. Pensad que el esparto más largo y redondo es el de más calidad, ese crece por la risca Los Pinos y alrededores. Sólo con ese esparto se hacen los cachuleros más elegantes, los que yo llamo de alta gama, en forma de cuerno bien redondeado, con las ventanitas pequeñas, sin raspa y con una elegante trenza, de esas bien apretadas, como las que llevan las niñas cuando van al colegio. Así se podrá llevar colgado al hombro o cruzado por la espalda sin miedo a sufrir rozaduras o pinchazos. De manera que el que consiga traerme las dos docenas de caracoles serranos y la mayor cantidad de esparto de primera, será el ganador absoluto y se llevará el cachulero color miel con forma de cuerno como el que hay en mi salón junto a la chimenea de leña, ¿qué me decís? ¿estáis de acuerdo?

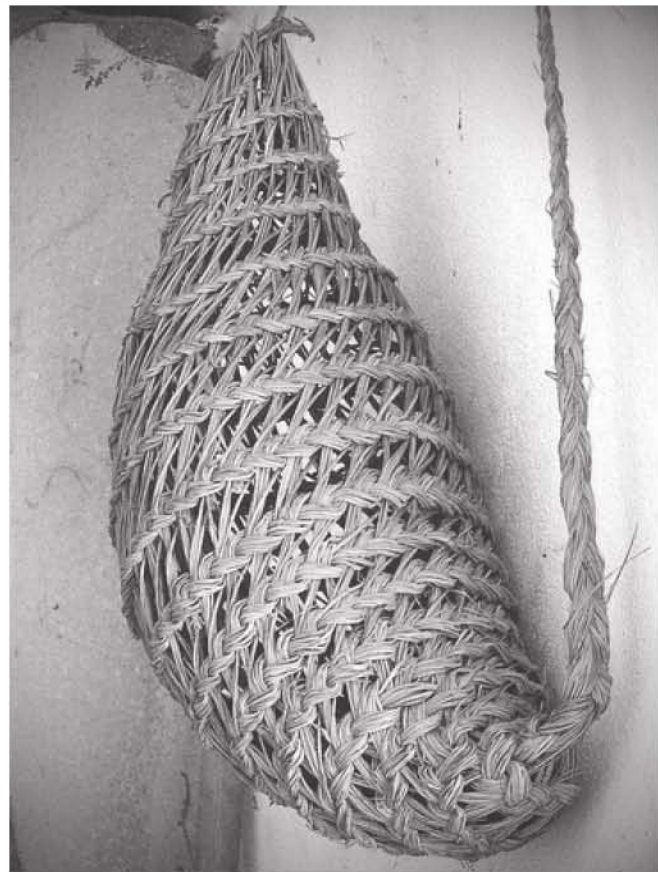
- Nos parece una buena idea. Contestaron los chicos.

- Chocad esas manos, dijo Felipe. Entonces, quedamos aquí en El Puntal para dar la salida, como toda competición que se precie.

- Ok. Contestaron los chicos. Y se despidieron de Felipe con una palmada sobre el hombro.

- ¡Bueno!, suspiró aliviado Apolinar. Ya sólo hay que esperar a que lleguen las primeras lluvias para echarse a la aventura.- ¡Eso!, hay que esperar a las primeras lluvias, añadió Pablo. Con voz conciliadora y más pausada dijo Jonathan:- Se nos ha hecho tarde, vámonos chicos. Ya están los mochuelos en los cables eléctricos, no olvidéis mañana las canicas rojas. Hasta luego.

- Adiós, respondieron Pablo y Apolinar. Había sido una tarde intensa, por unos momentos se había convertido El Puntal en el congreso de los diputados con tantos debates y propuestas y, aunque Jonathan



Un cachulero

se despidió diciendo a sus amigos no olvidéis mañana las canicas rojas, pasaron varios días, o quizás fueron semanas, sin reunirse para jugar las partidas que mandaban las tardes del buen tiempo en El Puntal.

Los tres amigos habían estado en acuerdo tácito preparando el equipo de lluvia y aventura, pensando en la estrategia a seguir, trazando rutas imaginarias en su cabeza, recordando por qué valle estaban las mejores pedrizas, las más caracoleras para cuando llegara el momento de la aventura tan deseada. Días después, volvieron a sus rutinarias partidas y bailes de peonza. Era miércoles por la tarde y como de costumbre, después de hacer los deberes los tres colegas se reunieron para jugar a las canicas y bailar la peonza junto a la Cueva El Rojo y la solana del tío Diego, una pequeña explanada anexa a El Puntal. Allí solían unirse esporádicamente al juego de los chicos Elisa, la hija menor de Felipe, y Cristina; una chica pecosilla con trenzas, hija de "El Rojo". Esas tardes se jugaba religiosamente al tejo, que es más divertido y se hace mucho más ejercicio, afirmaban las chicas. Aquello de saltar a la pata-coja empujando el tejo no era tan fácil como a simple vista parecía, había que tener bien templados los músculos de la pierna elegida, calcular bien la distancia y la fuerza de impulsión para desplazar el cuerpo al tiempo que el pie golpea el tejo en intervalos equidistantes. Una vez que las chicas dieron por concluidos los juegos y con los últimos cordoncillos de luz por el oeste, dijo Pablo a sus amigos:

-Vamos a preguntarle al tío Paco por el tiempo.

-Eso, vamos ahora que tiene la puerta abierta. Seguro que está encendiendo la lumbre como quien acaricia



un vasto horizonte de breñas luminosas, respondió Jonathan. Al tío Paco le gustaba poner bien dobladitas las ramas, en primer lugar las de olivo, como si de una gavilla de trigo se tratara. Después iba colocando los troncos de menor a mayor armoniosamente, bien centrados en el hueco de la chimenea haciendo un montículo geométricamente perfecto. Los tres chicos llegaron a la puerta jadeando después de un sprint maratoniano, dieron dos golpes consecutivos en la puerta y, sin aliento para decir buenas tardes preguntó Apolinar:

-Tío Paco, ¿para cuándo se esperan las primeras lluvias, usted que sabe de cabañuelas, compra El Zaragozano y todas esas cosas?

-Pues mira hijo, contestó el tío Paco. Yo creo que si la rodilla ésta que últimamente me está dando la lata no me falla, de aquí a unos días vamos a tener lluvias. Es posible que el próximo fin de semana tengamos que desempolvar los cachuleros y estar preparados para ser los primeros en subir al monte. El tío Paco no solía fallar en este tipo de predicciones. Los chicos sabiendo de la fiabilidad que tenía para predecir el tiempo regresaron a El Puntal comentando entre ellos:

-Me parece que vamos a tener que ir preparando las katuskas y desempolvando los paraguas, comentó Apolinar.

-Creo que sí, dijo Pablo. Yo ya tengo las mías preparadas y el paraguas se lo cojo a mi abuelo.

-Yo tengo las mías en un rincón del arca, en el fondo. Solo llegar y cogerlas y el paraguas, el de mi madre, que siempre está colgado en la percha de entrada, dijo Jonathan.

-¡Vaya!, parece que ya lo tenéis todo a mano exclamó Apolinar, yo las voy a buscar esta noche. Creo que las tengo en el pajar, junto al saladero de jamones, lo que no sé es por dónde andaré el paraguas de mi

madre. A las malas cojo el impermeable de mi padre que es alemán, de cuando estuvo trabajando en la Opel. Es un impermeable de pantalón y chaqueta y tiene unos bolsillos gigantes y fuertes. El tiempo llevaba unos días revuelto, amanecía enmarañado y con grandes nubarrones que con el transcurrir del día se iban disipando.

Era viernes por la tarde, después de haber echado unas partidas y con el sol bien caído por el horizonte, los tres chicos contemplaban desde El Puntal unos nubarrones negros que asomaban tímidamente sobre el perfil de la sierra de Los Filabres.

-No sé yo si el tío Paco no nos fallará esta vez con su predicción. Estamos como quien dice viernes en la noche y sólo se ven unos cuantos nubarrones asomar por la Tetica, comentó Pablo.

-Bueno. El tiempo cambia en cuestión de horas y no siempre es predecible, apuntó Jonathan.

-Pues fijaos bien en la forma de las nubes, dijo Apolinar. Parecen edificios adosados con los cantos redondos, dan la impresión de grandes fortalezas flotando sobre el horizonte, y ese vientecillo que sopla de levante agitando las ramas en los olivos. Cuenta mi abuelo, que cuando las nubes tienen esa forma de edificios redondeados y además sopla con fría levedad el levante, aquí se puede liar parda. -¡Já! Qué sabrá tu abuelo de nubarrones negros y viento de levante contestaron al unísono Pablo y Jonathan.

-Bueno, ya veremos, contestó Apolinar haciéndose el interesante.

Los chicos se despidieron con la mirada clavada en aquellos nubarrones, esperanzados en que podría llegar la tan esperada lluvia y preocupados por lo que decía el abuelo de Apolinar: que en aquellas condiciones, se podría liar parda. Con esa inquietud perceptible en sus rostros, los chicos se fueron a la



La Tetica de Bacares en la Sierra de los Filabres

cama bastante más tarde de lo habitual. Era viernes ya entrada la madrugada y todo estaba en calma, nada hacía presagiar un cambio inminente en la meteorología. A penas unas horas más tarde, cuando todos dormían y la noche avanzaba en el más apacible de los silencios, un estruendo repentino recorrió las estancias, temblaron las ventanas y, en las viejas techumbres de las cámaras se escuchaba el bramido del agua como potros salvajes galopando en los tejados. Una tormenta repentina descargaba con notoria virulencia. Los rayos iluminaban con tal claridad que se podía ver el agua correr por los caminos. Las canaleras caían como torrentes llorando contra el suelo. Fueron unos minutos de miedo y confusión, apenas dio tiempo a las familias a organizarse, las mujeres corrían con cubos y lebrillos para cubrir las goteras de las cámaras, los hombres hacían lo mismo para controlar la sangría de los establos donde dormían los animales. Cuando ya había amainado todo aquel bramido que parecía precipitar el cielo y tan solo quedaba una llovizna apacible y caladera, los mayores volvieron a sus camas para continuar el sueño de la noche. Así continuó -bajo aquel cala bobos-toda la madrugada y parte de la mañana. A eso de las once se empezaron a abrir los primeros claros por el este y la lluvia empezó a remitir. Los chicos una vez que ya habían olvidado el susto de la madrugada corrieron presurosos y equipados al lugar de encuentro donde ya esperaba Felipe para dar el pistoletazo de salida a tan ansiada competición.

No eran más de las once y cuarto cuando los tres amigos se encontraron con el artesano, y tras un apretón de manos, éste dijo: Bueno chicos, ha llegado el momento. No me queda más que desearos suerte a los tres, yo os esperaré en mi casa. ¡Adelante! Los tres amigos cogieron valles diferentes pero todos en la misma dirección, la risca de Los Pinos, donde según Felipe, se encuentra el esparto de primera calidad. Los tres chicos llevaban la misma idea, ser el primero en conseguir las dos docenas de caracoles y los tres manojos de esparto. Jonathan con la prisa de querer ser el primero en llegar a casa de Felipe y conseguir el famoso cachulero color miel en forma de cuerno, olvidó las recomendaciones que les había hecho Felipe para reconocer cuál era el esparto de primera. Consiguió las dos docenas de caracoles y tres buenos manojos de esparto y aún llegando el primero, no estaba seguro de que su esparto fuera el de primera calidad.

Apolinar pronto consiguió las dos docenas de caracoles y tres manojos de esparto del más grande y frondoso que encontró. Pensó que aquel sería sin duda el de primera, y se entretuvo espantando torcazas entre los pinos. Le divertía escuchar el sonido castañueleante que producían sus alas al iniciar el vuelo. Llegó segundo. Pablo, sin embargo, no olvidó ninguna de las recomendaciones de Felipe. Puso todo su empeño y pronto consiguió las dos docenas de caracoles dedicando gran parte del tiempo en buscar y comparar varios tipos de esparto hasta descubrir



Un manojo de esparto

el de primera. Así, pudo conseguir tres buenos manojos de tan preciado esparto, y aunque no fue el primero, si estaba seguro de haber conseguido lo tratado.

Una vez terminada la competición, los tres chicos se reunieron con Felipe frente a la chimenea, allí extendieron sobre una mesa gigante de mármol, a modo de exposición la mercancía obtenida. Felipe quedó gratamente sorprendido por los tres chicos. A pesar de su corta edad los tres habían competido con honestidad, habiendo conseguido con creces su objetivo. Después de haber hecho el pertinaz recuento de caracoles y examinado el esparto, Felipe no pudo contener la emoción y con voz entrecortada exclamó: -¡Dadme un abrazo, porque sois unos auténticos campeones! Aunque sólo Pablo ha encontrado el esparto de primera y él es el ganador absoluto, yo sé lo difícil que es distinguir el esparto de primera del corriente, y teniendo en cuenta que con los tres manojos que ha conseguido Pablo da para tres cachuleros con forma de cuerno, yo voy a hacer tres nuevos; uno para cada uno. Por lo de color miel no os preocupéis, vendrá solo con el tiempo, ese color lo coge el esparto al secar, ¿contentos? -¡Wow! Gritaron los chicos.

-Pues no se hable más. El próximo sábado en el cortijo del tío Paco a eso de las nueve de la noche nos veremos para echar unas briscas, comernos un par de lebrillas de palomitas y entregarnos vuestros merecidos cachuleros con forma de cuerno.

